

F1391

Q4

E9

QUERETARO.

Quedan asegurados los derechos de propiedad por el Autor.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

QUERETARO.

IMPRESIONES DE UN VIAJERO

Cuando se oye hablar de la ciudad histórica por excelencia, cree uno que se trata de cualquiera de las viejas poblaciones de la que fué Nueva España, y se forma juicio de que será triste su aspecto, mustia y raquitica su vegetación; se imagina uno ver sus templos y sus edificios públicos medio arruinados la mayor parte, y hundidos en el polvo no pequeño número; figúrase uno sus casas deshabitadas, sus calles desiertas, sus paseos y alamedas solitarias. Tantos y tantos acontecimientos deplorables han contribuido á determinar la decadencia de la interesante ciudad, que no puede con-

cebirse haya en ella algo digno de ocupar la atención del viajero, sino los recuerdos de los grandiosos y trascendentales hechos que allí se han verificado.

Mas cuando al acercarse el turista á las inmediaciones de la ciudad, comienza á descubrir el caserío medio oculto, entre una extensa y poblada arboleda; cuando sobre las copas de los frondosos árboles se ven erguirse majestuosas las cúpulas y los campanarios de las iglesias; cuando se descubre el célebre acueducto, comparable sólo con los que Roma ostenta desde remota antigüedad; cuando se va recorriendo la hermosísima Cañada que atraviesan los trenes, en medio de huertas plantadas de naranjos, y limoneros, y chirimoyos, y aguacales; contrastando admirablemente con el esplendor de la naturaleza la elegancia y esplendidez de los magníficos edificios de las fábricas de Hércules, de la Purísima y de San Antonio; cuando se comienza á aspirar esa atmósfera fresca impregnada de olores deliciosos, el viajero desea olvidar lo que de tristes tiene algunos recuerdos de la ciudad, y cree hallarse en un paraíso, y sueña con mil y mil fantasías que despierta aquella encantadora realidad.

Contraste forma con estas primeras impresiones, las que se reciben avanzando al inte-

rior de la ciudad y al recorrer las calles se las ve angostas en los arrabales, con sus casas de un solo piso y de pobre apariencia; cuando se nota el escaso número de viandantes, se cree que todo aquel conjunto de bellezas que se contempló extasiado, al ver el cuadro á vista de pájaro, no fué sino una ilusión; que aquella es una ciudad abandonada que no ha dejado sino huellas de su lozana existencia anterior.

No se deje guiar, empero, el turista por esa impresión, pues Querétaro debe estudiarse por dentro. Querétaro debe visitarse en el interior de sus casas, de sus palacios y de sus templos. Esto no quiere decir que de cuando en cuando no se descubra un hermoso frontispicio, una elegantísima fachada; que no se encuentre uno frecuentemente con un bellissimo jardín, y que no haya una que otra calle de muy buena apariencia. Pero detrás de las paredes carcomidas de modesta casa, encontrarse una preciosa habitación, decorada con buen gusto y hermoseedada en el interior con hermosos corredores, patios y jardines; tras de esos muros de severo aspecto, se encierra un gran edificio, en que el pórfido y el mármol ostentan magníficas obras de arte; y traspasando el exterior de una modesta iglesia, hay que

admirar espléndidas ornamentaciones, y magníficos cuadros, y soberbias esculturas; y dentro de esas casas, y en el interior de esos palacios, y en esas iglesias, se encontrará también otro género de bellezas; unas mujeres de rostro oval, de color apañonado, de lindos ojos negros de una expresión angelical.

Querétaro, efectivamente, si es la primera ciudad de la República por sus grandes recuerdos históricos, acaso no tiene rival por sus monumentos de arte, y no es la en que menos brillan por su hermosura las mujeres. Querétaro tiene una escuela propia de arquitectura, la que fundó allí el celebrado Tresguerras, nuestro inspirado Miguel Angel; Querétaro tuvo un Bernini en Perusquia, y esa escuela de escultura, sin igual en la República, se ha conservado allí y pertenece á Querétaro exclusivamente: Querétaro supo explotar el ingenio de Miguel Cabrera y de Rodríguez Juárez, y allí se hallan las mejores obras de tan justamente célebres artistas.

Visitar, pues, Querétaro, es conocer los monumentos que recuerdan los sucesos más culminantes de nuestra historia patria; es leer esa misma historia escrita de bulto en grandes caracteres; es contemplar las obras más notables de arquitectura, de pintura y de escultura

que tenemos en el país; es, por último, conocer una sociedad honorable por su moralidad, y digna de mejor suerte por los buenos elementos con que se halla enriquecida. Al escribir la presente revista de nuestra reciente visita á la ciudad, la consideraremos á grandes rasgos bajo este triple aspecto.

Querétaro puede decirse que fué la cuna de nuestra Independencia; allí brotó la idea primitiva; allí comenzaron los primeros autores de nuestro sér político á organizar los movimientos que determinaron la gran revolución, que ojalá y no hubiese abortado en su origen, acaso no habría sido tan sangrienta, ni habría costado la vida á los mismos que la iniciaron. Los célebres corregidores de Querétaro allí residieron; allí celebraban sus reuniones clandestinas los primeros insurgentes; la casa en que se hallaba la inolvidable corregidora cuando la conspiración fué descubierta, existe, sin haber sufrido notables modificaciones; se conserva el cuarto en donde Doña Josefa Ortiz de Domínguez sorprendió el secreto del descubrimiento y desde donde lo comunicó al alcaide Don Ignacio Pérez, á fin de que diese el aviso al intrépido Allende, quien lo transmitió al Cura Hi-